

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL BRASIL,
LUIZ INÁCIO LULA DA SILVA,
EN LA CEREMONIA DE APERTURA DE LA SEGUNDA CONFERENCIA
MUNDIAL DEL CAFÉ**

Salvador-BA, 24 de septiembre de 2005

Excelentísimo señor Álvaro Uribe, Presidente de Colombia,
Señor Paulo Souto, Gobernador del Estado de Bahía,
Señor Néstor Osorio, Director Ejecutivo de la Organización Internacional del Café,
Ministros de mi Gobierno que participan en esta Conferencia,
Mi estimado Prefecto João Henrique,
Mi estimado Presidente de la Asamblea,
Ministros de los países productores y consumidores que participan en este encuentro,
Señores diputados federales,
Señores diputados de los Estados,
Señores y señoras delegados y delegadas de esta Segunda Conferencia Mundial del Café,
Señores Embajadores aquí presentes,
Señores representantes de la Prensa:

Me referiré después, al final, a la invitación del Presidente Uribe. Es una alegría por partida doble encontrarse en esta bella e histórica ciudad de Salvador y, al mismo tiempo, recibir al mundo del café en esta Segunda Conferencia Mundial, promovida por el Brasil en asociación con la Organización Internacional del Café.

La presencia de Jefes de Estado, Ministros, representantes de Gobiernos, de la política, de la industria, de la agricultura y de la comunidad académica, confirma la importancia económica y la oportunidad estratégica de este extraordinario encuentro.

Tengo que confesar que el tema del café no me atañe solamente como Jefe de Estado. Soy apreciador confeso y contumaz de esa bebida reconfortante que se incorporó a la cultura brasileña como símbolo inseparable de la hospitalidad y la cordialidad del pueblo brasileño.

Todos saben que no hay hogar, por pequeño que sea, que no hay brasileño o brasileña que no nos ofrezca un café a cualquier hora del día que lleguemos, ya sea de madrugada o a la noche. El “cafezinho” es para el Brasil lo que la ceremonia del té para el Japón.

No es exagerado decir que el Brasil despierta cuando el aroma del café invade nuestros hogares y aguza nuestros sentidos. Aquí el “cafezinho” corona desde las comidas más modestas hasta las mesas mejor abastecidas, sella amistades, festeja encuentros, repone las energías corporales e incluso templamos nuestras emociones.

No es casualidad que seamos el mayor productor mundial de café y avancemos también hacia la conquista del puesto, ocupado hoy por los Estados Unidos, de mayor consumidor de café del mundo.

En nombre del café, del Señor do Bonfim, que bendice esta ciudad, y del pueblo brasileño, doy la bienvenida a todos los que aquí vinieron de otros estados brasileños, y, sobre todo, a los que atravesaron océanos para llegar a este encuentro.

Tengo la certeza de estar expresando también los sentimientos del Gobierno de Bahía y de las autoridades municipales de Salvador, que tanto han hecho para que la ciudad les proporcione a ustedes la acogida que se otorga a sus huéspedes más ilustres.

Señoras y señores:

Este es el momento estratégico para ocuparnos del futuro de la bebida más popular del mundo. Estamos viviendo una trayectoria que se encamina a una mejor equiparación de la oferta y la demanda que asegure un nuevo ciclo de recuperación de los precios. No podemos hacernos ilusiones. El desequilibrio estructural del mercado viene arrastrándose desde hace casi un siglo. Solamente se consolidará una nueva dinámica favorable para los productores cuando se hayan corregido las asimetrías internas de un sector que moviliza más de 90.000 millones de dólares al año.

El café es el segundo de los productos básicos comercializados del mundo, aventajado solamente por el petróleo. Tiene, sin embargo, una gran diferencia con relación a ese combustible, ya que su producción congrega a un enorme contingente de pequeños agricultores que se concentran, precisamente, en las economías que luchan por su derecho al desarrollo.

El setenta por ciento del café que se cosecha en el mundo procede de propiedades de menos de 10 hectáreas. Esas propiedades se extienden por 60 países y reúnen más de 25 millones de personas en la amplia franja tropical y subtropical del globo. Es decir, que la producción se concentra en donde veremos en el siglo XXI el éxito o el fracaso de la lucha contra el hambre y la pobreza.

El reordenamiento del mercado internacional del café es, por lo tanto, más que un reto al cultivo, un capítulo de la lucha por un comercio mundial más justo. Para muchas de las naciones aquí representadas el reordenamiento de ese mercado puede significar la diferencia entre la dignidad y la miseria de buena parte de sus poblaciones.

En Uganda, según el Banco Mundial, el café es la principal fuente de subsistencia de más del 25% de la población; en Etiopía aporta el 54% de los ingresos de exportación; en Rwanda proporciona el 31% de las divisas del país; en la India da empleo a 3 millones de trabajadores; en México reúne a 280.000 de las familias más pobres de los estados de Chiapas, Veracruz y Puebla; en Colombia las regiones menos vulnerables a conflictos violentos son precisamente la regiones caficultoras más prósperas.

Esta semana se reúnen aquí, en Salvador, representantes de agricultores a escala de familia de muchos de esos países, en un evento paralelo que cuenta con la participación de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Agricultura, que representa a nuestros agricultores a escala familiar. De esos pequeños productores que obtienen del café el sustento de sus familias procede el 54% de nuestra producción cafetera.

En conjunto, en el Brasil, la cadena del café garantiza unos ingresos nacionales de 2.000 millones de dólares y da empleo a 8,4 millones de personas. Nuestros cafetales se extienden por 2.700.000 hectáreas, repartidos entre 300.000 productores de 1.900 municipios en 14 estados de la Federación.

A esos productores, cualquiera que sea su magnitud, no les ha faltado apoyo de nuestro Gobierno. Nuestra política para la caficultura ya liberó 1.250 millones de reales para financiar, costear y comercializar el café en 2005. Ese apoyo se mantendrá en 2006, para que los caficultores no queden a merced de las urgencias, de las alzas y bajas de las Bolsas y consigan así negociar sus productos por los precios más justos.

Señoras y señores:

Como el mercado no remunera adecuadamente todos los años esa inmensa corriente de café, se pone en movimiento en diferentes partes del planeta un engranaje silencioso y arrastra a millones de personas a niveles asfixiantes de pobreza y desigualdad.

Las migraciones, la congestión urbana, el hambre y la disgregación familiar: he ahí la contrapartida de la apropiación desigual de los beneficios en la cadena de uno de los productos más rentables del mercado mundial de alimentos. El desafío que debemos enfrentar en esta Conferencia es, a mi modo de ver, el de poner la inmensa energía de esa cadena a favor de la sociedad creada por el café.

Se trata de clavar la mirada en el futuro sustentable, no sólo en la próxima floración, que saluda las primeras lluvias con el delicado aroma del cafetal en flor, sino en los períodos de grandes transformaciones sociales. Al igual que el cultivo del café, la política cafetera debe seguir la pauta de la estabilidad a largo plazo. Sabemos, sin embargo, que sólo pueden prosperar soluciones duraderas cuando todo el sector tiene una visión clara y coherente. No ha sido así en la actualidad.

Hace diez años, quedaba en los países productores una tercera parte de los beneficios obtenidos en el comercio mundial de café, cerca de 10.000 millones de dólares en un mercado que movilizaba cerca de 30.000 millones de dólares al año.

El descenso de los ingresos de los caficultores fue el mayor de este período, si se compara con la que afectó a otros productos básicos. Apenas si cabe dudar que tal desequilibrio amplió el foso de la desigualdad entre las naciones.

La advertencia viene de la propia Secretaría General de las Naciones Unidas, que ve en el descenso de los precios pagados a los productores una grave dificultad y un obstáculo para el logro de los Objetivos del Milenio. La carrera de todos contra todos hacia la misma puerta de salida llevó al aumento irreflexivo de la oferta en los últimos decenios. No fue la respuesta adecuada al colapso del Convenio Internacional del Café, que dejó sin reglamentación al mercado a partir de 1989. Hoy, los productores reciben menos del 1% del precio que se paga por una taza de café en los grandes países importadores.

Amigos y amigas:

Entre el fracaso de los mercados administrados y la ciega y autodestructiva disputa de estos últimos años no existen opciones fáciles. La búsqueda de respuestas exige: ¿a dónde van los beneficios del café?

La explicación se encuentra, en parte, en la trampa de la desigualdad de los cambios, conocida por los países pobres desde los tiempos del colonialismo. Todavía hoy persiste un

profundo desacuerdo entre las reglas que orientan el comercio mundial en pleno siglo XXI y las necesidades de emancipación económica y política de la mayoría de los pueblos en desarrollo, buena parte de los cuales tienen en el café uno de sus pilares económicos.

El que planta gana poco, el que procesa tiene mucha ganancia. Y los obstáculos arancelarios impiden que los productores participen en igualdad de condiciones en el mercado final del producto, tostado, molido y soluble que se vende en los países ricos.

No habrá solución duradera de ese problema si no hay un nuevo pacto de equilibrio entre los diferentes intereses de la cadena del café. Se trata de construir las bases políticas de un reparto de beneficios más justo, de una oferta coordinada con la demanda y un esfuerzo de promoción social y tecnológica de millones de agricultores que garantice, en realidad, una mejor calidad de vida y de la vida de quien lo produce.

No sirve para esta finalidad la lógica de la desreglamentación unilateral. Quien dice “libre comercio” debe decir también “suspensión de obstáculos comerciales y de subvenciones millonarias”, y debe luchar para poner fin a importantes asimetrías financieras.

En el Brasil, y creo que también en muchos otros países, el cultivo del café tiene un valor pedagógico. Ayuda a entender nuestro pasado y encierra lecciones de conquistas acumuladas en nuestro presente.

A mi modo de ver, ha llegado el momento. Y esta Conferencia es una oportunidad sin par para dar ese paso de convertir el café en un componente del futuro. El futuro, tal como lo entendemos, solamente será futuro si es mejor para todos, y no simplemente un refugio para los privilegios del pasado.

Para todos ustedes, que han venido de tan lejos, un abrazo de bienvenida, otra vez. Estoy seguro de que no va a faltar aquí, en Bahía, el “cafezinho” brasileño indispensable para impulsar las tareas y coronar con éxito esta Conferencia.

Muchas gracias.

La verdad es que el Presidente Uribe me ha invitado desde esta tribuna, y desde esta tribuna voy a tener que responderle, aunque no pueda decirle en qué fecha iré a Colombia. Sólo quiero decir al Presidente Uribe que es mi deseo ir a Colombia este año y, evidentemente, a comienzos de diciembre, a más tardar. Cierto que ya fui tres veces a Colombia, pero siempre en viajes apresurados y rápidos, una de esas veces fui a Cartagena, para participar en un encuentro cafetero, pero quiero ir a Colombia por una razón simple: quiero explicar esto en público.

Como ustedes saben, el café es un producto de países pobres; los países tropicales son los únicos que producen café. La mayor parte de ellos en situaciones como la del Brasil, o incluso más pobres que el Brasil. En algunos países el café es la base principal de las exportaciones y de la creación de puestos de trabajo. Al mismo tiempo, los consumidores son nuestros hermanos más ricos: – Europa, los Estados Unidos y el Japón, para citar sólo algunos ejemplos.

Lo que es grave, y en algún momento tendremos que tener en cuenta, es que en América del Sur, en América Latina, hay pequeños productores de café, y también en África, y en algunas partes de Asia, como la India, y lo que quiero decirles a ustedes es que mucho depende del tipo de fuerza política y de organización que tengamos.

Verán: cuando exportamos un saco de café de 60 kilos ganamos unos cuantos dólares para nuestra balanza comercial, pero cuando importamos un “chip” electrónico, por pequeño que sea, enviamos al exterior más dólares que los que recibimos por un saco de café. Y por una razón muy sencilla: los países ricos están más organizados y son ellos los que determinan las reglas del comercio internacional de manera tal que, siempre que sea posible, salgan ganando ellos.

No; no estoy criticando; es algo que forma parte de la lógica de la negociación para el mundo del trabajo, para el mundo de la agricultura y para el mundo de los negocios: quien tiene más fuerza, quien tiene más poder económico, siempre hará presión para ganar un poco más. Pero pienso que ha llegado el momento de que empecemos a pensar en si nosotros, los países productores, no deberíamos plantear una buena reclamación, por no decir una buena disputa. Una buena reclamación.

En primer lugar, tenemos que agregar valor a nuestros productos, no podemos ser exportadores de café en grano, sin más, o sea, que es preciso que aprendamos a agregar valor.

En segundo lugar, tenemos que implantar en los eslabones de la cadena productiva acuerdos que nos permitan un debate más justo acerca de la porción que cada uno va a recibir del producto final; es decir, que no es posible que países que no producen un solo grano de café ganen con el café más dinero que los países que producen ese café.

Ocurre eso solamente porque, en cierto modo, nosotros mismos permanecemos pasivos durante mucho tiempo ante esa situación. Muchas veces intentó cada país actuar solo, y cada productor actuar solo, y en este ámbito mundializado no queda ya espacio para salidas individuales, no queda ya espacio si no creamos entre nosotros las condiciones objetivas para dar valor a lo que producimos. O sea, que no estamos ya colonizados, que no tenemos ya por qué mandar nuestros productos al país que nos colonizó. Vivimos en un mundo libre en el que se endiosa a diario al mercado libre y la libertad de los precios, y por lo tanto, nos cabe crear las condiciones de agregar valor a lo que producimos, que es lo que quiero decir a los productores aquí presentes.

Quiero decir con esto que no podemos permitir que seamos víctimas porque producimos un poco más. No podemos... O sea que es necesario que los países consumidores comprendan la necesidad de sentarse a la mesa y entablar una negociación en la que el precio sea compartido, para que el que transforma el café gane dinero, pero también el que cava el terreno pueda ganar el dinero que necesita para sobrevivir.

Incluso es esta una lógica que ya aprendieron los países ricos, que la ponen en práctica a diario. El Presidente Uribe y yo somos amigos de muchos presidentes de países importantes del mundo --y somos amigos--, pero cuando hablamos de precios agrícolas dejamos a un lado la amistad. Porque lo que de verdad cuenta es la defensa de los intereses nacionales de cada país. Lo que cuenta es la defensa de los intereses políticos de cada país, y lo que cuenta es la defensa de los agricultores de cada país.

¿Por qué no actuamos así? Sólo depende de nosotros. No digo que sea fácil, porque quien participa en las negociaciones internacionales en la Organización Mundial del Comercio sabe lo duro que es llevar una ventaja, por pequeña que sea. Es duro porque estamos desunidos. Es duro porque, muchas veces, vamos allá y votamos por nuestros adversarios comerciales. Es duro porque cada uno de nosotros cree que quien más agrade al rey va a ser beneficiado individualmente, y eso ya no ocurre en el ámbito de la mundialización. O hacemos valer lo que tenemos, que son unas condiciones favorables para el cultivo de café y el hecho de que somos los mayores productores de café –los mayores están aquí--, y tenemos que hacer valer, por lo menos, el respeto a la dignidad de quien se sostiene trabajando día y noche para plantar y cosechar su café.

Quiero agradecer las amables palabras del Presidente Uribe y decirle que, si Dios quiere, vamos a dar realidad a un sueño. En primer lugar, el de la integración física de América del Sur. Y, a decir verdad, tengo pendiente una reunión con muchos empresarios brasileños, y con muchos empresarios colombianos, para que podamos establecer relaciones asociativas, para que los empresarios colombianos y brasileños puedan reunirse y debatir lo que han de producir.

Sobre todo, señor Presidente, quiero tratar con usted la cuestión del biodiesel. Porque creo que en un futuro muy próximo el biodiesel será para los países pobres lo que el petróleo es hoy para los países del Oriente Medio, y lo que el alcohol es hoy para el Brasil. Creo que el biodiesel puede ser una salida para el desarrollo de los países más pobres del planeta, sobre todo los de nuestra América Latina y los africanos.

Así que puede tener la seguridad de que este año visitaré su Bogotá.

Un fuerte abrazo y mucha suerte.